

Crónicas del Cajón del Maipo

Una Aventura en el Tupungato... **Tercera Parte: el calidoscopio del tiempo**

Prof. Roberto Román L.
Universidad de Chile

Este Miércoles tuve la ocasión de conocer y conversar por largo rato con don Hernán Fajardo Ortega. Era el arriero que guió la expedición de Manuel Muñoz Tapia y sus amigos hacia el Tupungato en ese mes de febrero de 1948. Por el tiempo transcurrido, más de 54 años, y por la visión que yo tengo de los arrieros: gente mayor y con el brillo de los cerros y la nieve en los ojos; esperaba encontrar a una persona casi anciana. Pero tuve a mi frente a un adulto, claro está, pero con la agilidad y el brillo propio de un niño. Él tuvo la gentileza de facilitarme algunas antiguas fotos, de las cuales escogí algunas para ilustran esta "Crónica". Ellas sirvieron para focalizar los detalles de esta increíble aventura.



**1. Las Termas de Salinillas en su apogeo. Foto de aproximadamente 1955.
Hernán Fajardo a la izquierda**

Nuestra conversación duró cerca de dos horas. A través de sus palabras surgieron fuerte las imágenes de montañas, nieves, mulas y aventuras. También el increíble brillo de las estrellas y la luna que iluminan las noches en los cerros. ¿Será la magia de esos cielos cajoninos los que nos hacen volver al cerro como insectos atraídos a la luz? Pero

la conversación también sirvió para precisar hechos, tiempos y lugares. Se unieron diversos personajes y algunos surgieron mucho más nítidos. Nuevamente los hilos del pasado se unieron al presente y aparecieron detalles en la trama de vida y montañas que es nuestro Cajón del Maipo.



2. Exequiel Ortega en su caballo, hacia 1960

La persona que surgió poderosa y lúcida fue Exequiel Ortega. Ahora me enteré que era tío de Hernán Fajardo. Además las fotos me demostraron que, al momento de esta aventura, don Hernán tenía apenas unos 20 años. Esto explica por qué Manuel Muñoz le dedica mucho más páginas a Exequiel Ortega (el tío "Quelo", según las cariñosas palabras de Hernán y su hijo Osvaldo) que al joven que lo acompañó a la montaña.

En el espejo del recuerdo e imaginación acompañé a Exequiel Ortega y Hernán Fajardo a las partes altas del río Colorado, atravesamos el "Mal Paso" y juntos llegamos a las "Vegas de los Flojos". Luego subimos por un filo hasta llegar al "Portezuelo Viva Chile" y el hito que marca la frontera entre Chile y Argentina. Sentí el poderoso viento que barre el Tupungato en las tardes; un viento tan fuerte que es capaz de levantar piedras del tamaño de una nuez y lanzarlas con fuerza incontenible corriendo por la montaña. Vivimos juntos una tormenta de febrero en las "Vegas de los Flojos", donde la nieve cubrió carpas y montañas y al día siguiente tuvimos que afrontar nuevamente el "Mal Paso" para arrancarnos de la manta blanca que cubría todo el paisaje.

Una foto hizo surgir clara la imagen de los antiguos baños de Salinillas. En ella vemos a veraneantes y sus carpas a la sombra de los Lunes y Maitenes. Y ahora me entero de que una máquina recién ha vuelto a destapar el surgimiento de agua termal que quedó

borrado por el aluvión de 1987. Por lo tanto el agua brota nuevamente generosa de la tierra y quizá este lugar vuelva a recobrar su magia y esplendor que tenía en el pasado.



3. Un muy joven Hernán Fajardo con su mula y macho en el Tupungato. El cerro se ve claramente en el fondo. Foto de 1942

También me entero de las circunstancias de la muerte de don Exequiel Ortega. Se quedó en la montaña. Ya mayor el corazón le fallaba, pero los cerros le atraían cual imán. A pesar de tener que someterse a un tratamiento para el corazón, volvió al cerro a cumplir su deber con los animales que él cuidaba. Allí, cerca del Colorado, el corazón le falló, cayéndose y siendo arrastrado por su caballo. Después, lo encontró su sobrino Hernán, quien junto a un Carabinero de Maitenes tuvieron que subirlo a una mula para traerlo a su lugar de reposo final en el Cementerio de San José. Los ojos de don Hernán se llenaron de lágrimas al recordar al tío que lo crió, y como él tuvo que resguardarlo en su última cabalgata desde el alto Río Colorado hasta San José.

Las palabras de Manuel Muñoz referente a Exequiel Ortega son un hermoso epitafio para este hombre:

"Ortega pertenece a esa clase de hombres que siempre se recuerdan con cariño y afecto. Es un chileno que arrastra en esas serranías la vida de un soñador que no necesita de hermosas palabras para llegar al corazón de quien lo trata. Su lenguaje es uno solo: el del sentimiento, de un sentimiento que rebasa su generoso y abnegado corazón, que le hace crear a su alrededor un clima auspicioso para la abierta cordialidad, el afecto y la gratitud, con ese infinito sentido que tiene de la solidaridad humana.

Los chilenos siempre hablamos con orgullo del corazón de nuestro pueblo y de nuestra privilegiada naturaleza. Si esto lo tuviera que traducir en un lienzo, no podría representar a otra persona que a Ortega, teniendo por telón de fondo algún aspecto de nuestra majestuosa montaña..."

Hoy una sencilla animita a la vera del Río Colorado recuerda el lugar donde Exequiel Ortega se fundió para siempre con su amada montaña.



4. Campo de penitentes en el camino al Tupungato. Foto de José María Castillo hacia 1930

Pero la vida continúa. El amor por los cerros de don Exequiel se transmitió a su sobrino Hernán y este a su vez lo ha transmitido a varios de sus cinco hijos. El magnetismo de los cerros atrae a todos los que nos internamos por estos lugares...

Volvamos a la expedición al Tupungato en aquel febrero de 1948. El grupo, guiado por Hernán Fajardo y su tío Exequiel Ortega, han superado el "Mal Paso", subido los caracoles y luego llegaron a las "Vegas de los Flojos". Allí descansaron un tiempo y se hicieron los preparativos para el Campamento Alto y el ataque a la cumbre. Veamos lo que Manuel Muñoz nos relata sobre sus sentimientos al enfrentar a este rey de los Andes:

"...El mayor enemigo de los que se han aventurado a subir el Tupungato son los huracanes que constantemente lo azotan, pero nosotros le temíamos más a la nieve.

Las odiseas vividas por los que fueron sorprendidos y bloqueados por un temporal de nieve, y el esfuerzo que hay que desarrollar para librarse de este enemigo que tiende sus helados tentáculos sobre su víctima y que como un sedante lo va preparando lentamente a bien morir antes de agotarlo, nos preocupaban..."

Partieron a las cinco de la mañana para ir hacia el campamento alto. Sigamos el relato:

"...Aún no eran las siete de la mañana cuando íbamos por la cuchilla de la loma José María Castillo, llamada así en homenaje a ese gran arriero de grata recordación..."

...Hernán Fajardo, nuestro arriero, que punteaba el grupo, iba cauteloso y alerta hasta del menor movimiento de su mula, porque ya conocía lo que era la fuerza del viento en esa loma. El año anterior, acompañando a otra expedición que tampoco consiguió llegar a la cumbre, en ese mismo lugar el viento lo arrojó a una quebrada con cabalgadura y todo. De ahí entonces que se justificaran sus precauciones..."

...Nuestra ruta nos regalaba ahora con un paisaje de 'penitentes'. Ante nosotros se interponían millares de esos conos de hielo de desgarradas y sugerentes formas, que más bien que filas de encapuchados monjes penitentes en oración, parecían lenguas de un fuego blanco que se levantaban para cortar el azul del cielo. ¡Espectáculo deslumbrador que hace detenerse extasiado al más reacio al influjo de lo bello!"

Esta ruta fue un error de los andinistas. En efecto, al atacar el campo de penitentes y luego llegar a la base de un glaciar, tuvieron que seguir a pie desde algo más de 5.000 metros a los 6.000 metros del campamento alto, con el consiguiente desgaste físico. Si hubieran seguido ladereando al portezuelo del Tupungato (4.800 metros) y luego subiendo por el filo del cordón central, habrían podido llegar con las mulas mucho más cerca del campamento alto.

En este punto los dejó don Hernán Fajardo, quien volvería en dos días más a buscar a los expedicionarios. Él retornó a las Vegas del Tupungato a hacer tiempo. Ellos siguieron ascendiendo hasta las tres de la tarde. Allí el fuerte viento los obligó a armar la carpa al reparo de una gran roca. Estaban entre los 5.600 a 5.800 metros y se guarecieron en la carpa, la que era sacudida por las ráfagas que barrían la montaña.

El esfuerzo hecho por los andinistas para llegar al campamento alto, además de la mala hidratación hizo que los tres estaban afectados en mayor o menor grado con la puna. Este enemigo del montañista, que silenciosamente se agazapa en la altura, sería la

causa del extravío de Manuel Muñóz. La puna, mal de altura o mal de la montaña se debe a la falta de oxígeno que es propio de grandes altitudes. El cuerpo humano no alcanza a asimilar suficiente oxígeno para llevar bien a cabo sus funciones vitales. El efecto es mareos, letargo, capacidad visual disminuida, problemas de coherencia en pensamiento y orientación y otros problemas más. En casos agudos se puede presentar edema pulmonar o edema cerebral, que es inflamación del tejido pulmonar o de las meninges que envuelven el cerebro. El edema es un enemigo mortal, que ha matado a más de un montañista. Para una persona en buen estado físico y que no fume, este enemigo solo se presenta más allá de los 5.000 metros de altura.



5. Campamento en nacimientos Río Azufre, en las cercanías del Tupungato y Tupungatito. Foto de José María Castillo hacia 1930

En 1948 las causas de la puna eran menos conocidas. En particular ahora se sabe que para combatirlo es necesario que la persona se hidrate **muy** bien con agua y sales minerales. Nuestros montañistas no sabían eso, por lo cual los riesgos a que estaban sometidos eran mucho mayores.

En el próximo episodio llegaremos al final de esta aventura. En él reviviremos la preocupación de don Hernán Fajardo al retornar por los montañistas y encontrar a solo dos de ellos; los esfuerzos de búsqueda de los compañeros y la odisea que vivió Manuel Muñóz en su bajada hacia Punta Vacas.

Nota: la próxima semana, por razones de trabajo, estaré en Sao Paulo. Por ello cerraremos esta "Aventura en el Tupungato" en dos semanas más. Agradezco muy especialmente a don Hernán Fajardo y Osvaldo Fajardo por el material aportado.